

En la sangre de Cambaceres o la nueva "barbarie"

Rita Gnutzmann

Por lo menos desde los griegos, la oposición entre civilización y barbarie está presente en el pensamiento occidental de la forma en que Michel de Montaigne la expresa en sus *Essais*: "cada cual llama barbarie a lo que es ajeno a sus costumbres" (Libro I, cap.30); pero es a partir del siglo XVI cuando la dicotomía cobra importancia y se aplica al mundo hispanoamericano, precisamente en el ensayo del mencionado Montaigne sobre los caníbales (1579). Durante el Siglo de las Luces le siguen Mirabeau, en su tratado sobre la población (1757), y Denis Diderot. Pero también pensadores latinoamericanos como Francisco de Miranda, con vistas a la pronta emancipación del colonialismo, construyen binomios como "luces" e "ignorancia" y "minorías ilustradas" contra "masas ignorantes", aunque Simón Rodríguez, maestro del libertador Simón Bolívar, rechaza ya en 1828 los modelos europeo o norteamericano porque impiden el pensamiento propio.

Como es sabido, en 1845, con el célebre libro de Sarmiento *Facundo*, la oposición civilización-barbarie se impone en el mundo latinoamericano; sirva una breve caracterización de ambas categorías como base y referencia en el presente trabajo. Sarmiento se fija tanto en la geografía como en la estructura socio-política, en las diferencias étnicas y en la psicología y moral del hombre. Encuentra el origen de la barbarie americana en la extensión enorme del territorio, su escasa población y rudimentaria administración (organización municipal, policía, justicia, escuelas); como resultado, el hombre vive en estado bárbaro, confinado a depender de sus cualidades físicas en la

lucha por la supervivencia, sin ningún estímulo intelectual. Las ciudades, refugios de la "civilización" se ven acechadas por el campo y su "barbarie" y únicamente en Buenos Aires logró vencer el espíritu de progreso, representado por las ideas de "Bentham, Rousseau, Montesquieu y la literatura francesa" (*Facundo*. Caracas. Ayacucho. 1977, 113). Aunque Europa parezca modélica en 1845, España y su herencia constituyen una excepción: la estructura feudal heredada de la colonización española representa un grave obstáculo para el progreso, aparte del carácter del español, ya que comparte con el indio la holgazanería y la incapacidad industrial. El mismo *Facundo*, enemigo de la justicia y del orden civil, del hombre educado y del sabio (id., p.125), es violento, cruel e irracional en oposición al General Paz, representante "de los pueblos civilizados" (id., p.141), es decir, de las luces, letras y ciencias. Resumiendo, encontramos las siguientes oposiciones fundamentales:

<i>barbarie</i>	<i>civilización</i>
campo	ciudad (con su subdivisión ciudades del interior contra Buenos Aires)
América	Europa (excepto España)
pasión	razón
materia	espíritu
anarquía	orden
fuerza bruta	autoridad
vida salvaje	vida en sociedad
economía de pastoreo	industria
sin educación	letras, ciencias

absolutismo	democracia
esclavitud	libertad
medievalismo	progreso...

El mensaje resulta claro: la América "bárbara" debe ser sustituida por la Europa "civilizada". Esta idea es compartida por Juan B. Alberdi, a pesar de las muchas discrepancias que mantiene con Sarmiento, y que dio a conocer en sus Cartas Quillotanas (1853). También Alberdi aboga a favor de la inmigración europea, consagrada en sus Bases y en la Constitución de 1853 bajo el lema "Gobernar es poblar". Lógicamente, para Sarmiento y Alberdi la llegada de los europeos equivalía a importación de cultura, tecnología y espíritu trabajador, en una palabra, de progreso. Sin duda, el pensamiento sarmientino y alberdiano resultará el mejor punto de comparación para la novela *En la sangre de Cambaceres*, publicada en 1887, es decir, la época de la máxima afluencia de europeos.

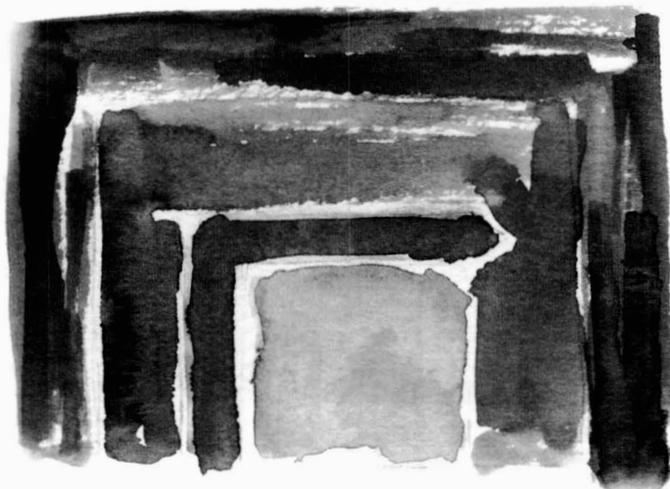
No sorprende la preocupación por la masiva inmigración en los relatos de la Generación del 80 ni tampoco que *Cambaceres* elija como protagonista al hijo de un inmigrante italiano, ya que fueron italianos el 70% de los inmigrantes que entraron en Argentina en las décadas de los 80 y 90 del siglo pasado. Ya tres años antes de *En la sangre*, Antonio Argerich, en el prólogo de su novela *¿Inocentes o culpables?*, rechaza la inmigración italiana por su "inferioridad", apoyándose en leyes biológicas (Madrid. Hyspamérica. 1985, p.10). A pesar de que *En la sangre* sea el primer relato que abandona la clase del propio autor, *Cambaceres* ya introduce de pasada el tema del inmigrante en *Potpourri* con el criado gallego Tanieta, "una bestia" cuya ignorancia

se ridiculiza mediante su lenguaje vulgar (cap.IV); en *Música sentimental*, un grupo de inmigrantes es blanco de la ironía del narrador por resultar "groseros y bárbaros", "la casi totalidad enferma, es vulgar, dejada y sucia" (Buenos Aires. Minerva. 1924, 29). En *Sin rumbo* aparecen los primeros italianos individualizados, pertenecientes al mundo del teatro, pero tan sólo con la última novela el inmigrante italiano cobra todo su protagonismo.

En la sangre narra la historia de Genaro Piazza, hijo de un "tachero" (hojalatero) italiano que fraudulentamente supera los exámenes universitarios y llega a casarse con Máxima, hija de un rico estanciero, y que acaba dilapidando la herencia de ésta en especulaciones. Termina la novela con el repetido grito "Miserable" de Máxima y la amenaza de Genaro de matarla algún día, conformándose por el momento con dejar "estampados los cinco dedos de su mano en las carnes de su mujer".

El relato se estructura alrededor de los cambios sociales que experimenta el personaje principal, llegando a una distribución por capítulos de la relación: 6:10:6:10:7:

1. I-VI (infancia pobre y de pilluelo, hasta la muerte del padre).
2. VII-XVII (adolescencia y escuela, hasta el envío de la madre a Italia).
3. XVIII-XXIV (derroche y aspiraciones sociales, hasta el fracaso en el Club del Progreso).
4. XXV-XXXV (cortejo de Máxima, coronado con la boda).
5. XXXVI-XLIII (déspota y despilfarrador después de la muerte del suegro).





El camino de Genaro está jalonado por éxitos y derrotas, pero, según subraya el título, el personaje está prácticamente predestinado por su "sangre", es decir, por la herencia. La madre Piazza, sin mucha importancia en el relato, es una pobre mujer tísica y laboriosa, dedicada del todo a su hijo, al que mimaba excesivamente y apoya en sus aspiraciones desmesuradas. El padre Piazza sigue las mismas pautas de Dagiore en la mencionada novela de Argerich: en pocos años se convierte de hojalatero ambulante en dueño de la "Gran Hojalatería del Vesubio", únicamente dedicado a amasar dinero. Esta obsesión por el dinero lo abstrae de su entorno y, como le ocurría a Dagiore que se quedaba "con expresión de idiota" (op.cit., p.18), se muestra "mudo y como ajeno" (p.70). Ambos coinciden, además, en los insultos y en el maltrato que infligen a la mujer y al hijo (a los hijos), aunque Piazza no es lujurioso ni se entrega a la bebida. El final de ambos no es muy distinto: uno termina mugriento y alcohólico, el otro, Piazza, destilando una "baba espumosa y negra", con los dedos crispados alrededor de la llave del cajón de su dinero. Los novelistas no sólo exageran los defectos de sus personajes, sino que, además, terminan animalizándolos: mientras Dagiore, por su aspecto físico, parece una "bestia" y un "cerdo disfrazado de hombre", Esteban Piazza tiene la rapacidad del "buitre", vive como "perro" y ambos por su poca capacidad intelectual, son comparados con un buey (p.68). En realidad, desde las primeras líneas del relato, el padre Piazza está estigmatizado al estilo lombrosiano: "De cabeza grande, de facciones chatas, ganchuda la nariz, saliente el labio inferior, sus ojos chicos sumidos" (p.67).

Más tarde se observa la misma obsesión por el dinero y la misma animalización en el hijo de Piazza, el verdadero protagonista de *En la sangre*, siguiendo claramente el concepto de la herencia. Las dificultades intelectuales que padecen los hijos son expuestas ampliamente, sobre todo en el texto de Cambaceres: Genaro tiene la mente "ofuscada" y no le sirve siquiera su "tesón de buey" para avanzar en la Universidad y, en el examen de las ciencias, debe recurrir al robo de la bolilla para poder aprobar (cap.XIII).

En el capítulo II, Genaro es echado a la calle por el propio padre para colaborar en los magros ingresos de la familia, convirtiéndose en "muchacho avezado", adaptándose a "toda la perversión baja y brutal del medio". De su vida de pillito no sólo forman parte los trabajos ocasionales en el mercado sino también los

robos y los "vicios" como los juegos de naipes. Como es frecuente en la época, Cambaceres hace de Genaro no sólo un ladronzuelo sino también un vicioso sexual (pobreza y perversión sexual aunadas): "revolcándose se ensayaban en imitar el ejemplo de sus padres [...] con todos los secretos refinamientos de una precoz y ya profunda corrupción" (p.73). Como se ve, la ciudad, espacio de civilización en Sarmiento, se ha convertido en el de la bajeza y la perversión. También en el propio Cambaceres se observa cierta evolución: en su primera novela, *Potpourri*, al narrador Fabio el campo le parece "el pedazo de tierra más bestialmente monótono" mientras que la ciudad, a pesar de constituir el lugar de la "Feria de las Vanidades", es el espacio donde más a gusto se mueve. Con *Sin rumbo* se introduce un cambio: Andrés, después de un invierno de derroche de energías y dinero en Buenos Aires, vuelve al campo reclamado por las fuerzas de la naturaleza: "el aire fresco y puro... las ráfagas del viento de tierra con olor a campo y con gusto a savia". En *En la sangre*, el campo no está presente pero las tierras aparecen como origen de las riquezas del auténtico criollo y es en la quinta donde la familia de Máxima pasa las vacaciones plácidamente.

Otros episodios sólo sirven para reforzar la carencia de espiritualidad e inteligencia del protagonista y su depravación. La noche en que muere el padre, Genaro duerme en el mismo cuarto y los vecinos tardan en apartarlo de una escena poco apta para un niño. Acto seguido, el narrador insiste en la falta de sentimiento del joven: se queda dormido en el velorio y el entierro le fascina como espectáculo, sin sentir "dolor" ni "opresión"; al contrario: "Habría querido tener una [pala] para ponerse a echar tierra también él" (p.85). Ya se sabe que un comportamiento similar en las mismas circunstancias sirven de prueba en la acusación contra Meursault en *L'étranger*. La misma indiferencia hacia la familia definirá posteriormente la relación de Genaro con su hijo, al contrario de Andrés, protagonista de *Sin rumbo*, que se convierte en padre amoroso. Durante los cinco años de colegio, sin vigilancia y con una madre condescendiente, Genaro sigue dedicándose al juego, al robo y a las relaciones con prostitutas y actrices.

¿Cuál es, por lo tanto, el patrimonio de su sangre? El narrador repite las características con mucha insistencia, la mayoría de las veces expresadas en la forma trimembre, para que no se pierda su mensaje: "emulación, envidia, impotencia" (p.107); "rencor, envidia, odio, venganza, astucia" (p.111-113); "odio,

venganza, envidia" (p.133); "envidia, rabia, odio" (p.163). En otras páginas volvemos a encontrar la "venganza" ("dicha de vengarse", p.120, 126, 216, 238) y la "avaricia" (p.150,217), la última representada, por lo demás, en diferentes actos como el robo en el escritorio del suegro. Las características predominantes de Genaro son, por lo tanto, la envidia (por su falta de inteligencia, de dinero, de saber hablar en público...) y, como resultado, el odio (hacia sus progenitores y hacia sus compañeros) y la necesidad de venganza (contra los que, en una broma infantil, lo echaron del colegio con un monigote pegado en la espalda, contra los que lo llamaron tachero y aquellos que no le permitieron entrar en el exclusivo Club del Progreso, ya negado al falso conde Gorrini en Sin rumbo).

La depravación del adolescente se muestra el primer día de colegio, cuando se fija en las inscripciones de los pupitres, llenos de "desvergüenzas de los estudiantes, insolencias, injurias, canciones sucias". Después del rechazo en el Club del Progreso a causa de su bajo origen, prepara su estrategia para conquistar a Máxima, la cual constituye un objetivo (objeto) como podría haberlo sido cualquier otra joven, según muestran los nombres con los que Genaro la evoca: "la polla, la sujeta, la individua...", que debe facilitarle el acceso al reconocimiento social y al dinero. Esta aspiración llamó la atención también de otros escritores del Ochenta como se deduce de un texto de Miguel Cané, "De cepa criolla", en el que Carlos Narbal advierte contra el peligro del "guarango democrático enriquecido" y pide a su clase "defender nuestras mujeres contra la invasión tosca del mundo heterogéneo, cosmopolita, híbrido" y salvar su "predominio legítimo" colocando a las mujeres "a una altura a que no llegan las bajas aspiraciones de la turba" (*Prosa ligera*. Buenos Aires. Casa Vaccaro. 1919, 124)

Genaro es un "guarango" según la definición de Cané y de J.M.Ramos Mejía. Este último, médico prestigioso, que crea y dirige la Asistencia Pública desde 1883, en su estudio *Las multitudes argentinas* (1899), basado en el modelo biológico, define al inmigrante italiano como "pesado palurdo, amorfo y protoplasmático, de mente soñolienta". De los cuatro niveles de la "paleontología social" que establece nos interesan los intermedios, el "guarango", un ser de mal gusto, un "mendicante de cultura" y el "canalla", el guarango que ha ascendido gracias al dinero (cap."La multitud de los tiempos

modernos" en *Las multitudes argentinas*. Buenos Aires. G.Kraft. 1952). Genaro parece compartir rasgos tanto del "guarango" como del canalla y, en efecto, ambos términos le son aplicados en la novela: él mismo llega a llamarse "guarango" (p.151) y el padre de Máxima le insulta como "canalla" después de que Genaro haya dejado embarazada a la hija (p.195).

El protagonista es de la peor especie, ya que no le importa valerse del engaño (simula un accidente para introducirse en casa de Máxima) y la fuerza para conseguir sus fines. Muestra su verdadera bajeza en el baile del Teatro Colón (cap.XXXI), donde "cauteloso, como serpiente" (de nuevo la animalización) planea dejar embarazada a la "individua" (p.178). El teatro, lugar de confusión de "arriba y abajo" de por sí, se convierte en "tole-tole" y alboroto durante el carnaval, donde "moros y cristianos confundidos" se hamacan en "un tufo caliente y fétido, como el aliento hediondo de una fiera". Genaro separa a Máxima intencionadamente del grupo de sus amigas y la lleva abajo, a un palco oscuro, donde la "arroja, echa, empuja" y la hace callar suscitando el miedo a la sociedad. Después de la violación, resumida en ruidos y rumores insinuantes, Máxima denuncia a su violador como "infame" y "miserable", la misma palabra que resonará como eco al final de la novela.

Dediquemos algunas líneas a Máxima, antítesis y víctima de Genaro. Es la típica joven criolla, "niña casi", inocente y sin experiencia, tal como el autor retratará a María en Potpourri. Pero, al contrario de aquella, "hueca, superficial e ignorante" (Potpourri, p.36), Máxima es elevada a cierta altura, hecho inaudito en el misógino autor. Máxima, una vez cometido su error, es capaz de analizar sus propios sentimientos y el autor insiste en su remordimiento, su moralidad y su "retraimiento instintivo" ante la falta de escrúpulos de su futuro marido (p.198-199). Al final de la novela, Máxima se convierte en representante de los valores de su clase, maltratada(s) y pisoteada(s) por el advenidizo "miserable".

La bajeza y avaricia de Genaro continúan después de casado, cuando, acto seguido, pretende reducir las raciones de los peones de la estancia y, en grado sumo, cuando roba al difunto suegro. Obliga, además, a su mujer a mudarse y a vivir en una casa pequeña, reducido el servicio a una sola cocinera, todos ellos datos que contrastan con la generosidad de un auténtico criollo ("generoso y desprendido", p.150). Poco después, cuando ha despilfarrado el dinero

robado y el que le entregó su mujer, el autor le niega hasta la "altura" del suicidio, reservado para un hombre de clase como Andrés.

También el lenguaje sirve para descalificar a Genaro, no tanto el de sus conversaciones como el de sus pensamientos, expresados en estilo indirecto libre. Desahoga su desprecio y odio en un lenguaje vulgar o por lo menos denigrante, a veces incluso por medio de palabrotas: lo que le interesa es una "mujer que tuviese el riñón forrado", una "de copete, de campanillas" y, en consecuencia, Máxima es para él "la individua, la polla, la sujeta" (cap.XIX). A los peones los desprecia como "chusmón, zánganos, haraganes"; a otro estudiante lo insulta en su interior como "bestia, imbécil" y desea que lo parta un rayo, que reviente o se caiga muerto o bien que se vaya "al seno de la grandísima perra" (p.202, 123). Al padre de Máxima lo denuesta como "viejo crápula, ruin, ladrón"; tampoco su hijo se salva de su desprecio, ya que lo llama "mocosuelo" y "marrano" (p.214, 215) y, al final, en el colmo de la infamia, Genaro pega y amenaza a Máxima y le "gruñe" (última animalización) la palabra más fuerte: "culo", palabra piadosamente sustituida por puntos suspensivos en ediciones posteriores, tal como ocurrió con el grito de Andrés en Sin rumbo, antes de arrancarse los intestinos.

Aunque el polo opuesto al inmigrante "bárbaro" y arribista esté menos desarrollado en la novela, encontramos algunas de las virtudes de la "civilización" evocadas en torno a los viejos criollos como el padre de Máxima, que cultivan valores como familia, tradición, honor, patriotismo, generosidad, desapego al dinero y rectitud, valores, por cierto, todavía caricaturizados por el autor en Potpourri. Genaro, al contrario, se mofa cuando "los oía hablar de patria a los otros, de patria y de patriotismo", tampoco la política se salva de su desprecio (p.217), en clara oposición a la importancia que tenía para los hombres del 80, implicados en ella en algún momento de su vida como diputados, senadores o incluso ministros. Genaro, además, se distingue por su soledad: en el colegio ocupa el último banco (p.95); más tarde envía la única pariente, la madre, de vuelta a Italia; va solitario al carnaval en el Colón y se aparta de sus compañeros en la fiesta de fin de curso; al contrario, los otros viven en familia (Máxima) y se divierten juntos en fiestas, clubs y corrillos (p.109). El capítulo XVI enfrenta al protagonista con sus compañeros criollos: "odio, venganza, baja rivalidad, ruin emulación" se encuentran de parte de aquél, mientras que "franca

alegría, sinceridad, sin dobleces, felices, gozosos" son los atributos que califican a éstos; la acostumbrada comparación con los animales remata el maniqueísmo: a Genaro se le atribuye el carácter de un "reptil", mientras que los criollos resultan ser "águilas" (p.133). En otra ocasión, el propio Genaro (o más bien su demiurgo) reconoce que "un árido vacío" ocupa su cabeza, mientras que "la luz de la inteligencia brillaba en [las] frentes [de sus compañeros]" (p.109).

Otro rasgo que diferencia a Genaro de sus compañeros argentinos es su dificultad para expresarse. Obviamente no me refiero al hecho de que sus padres sean italianos y hablen en "cocoliche", sino a que Genaro no tiene el don de la palabra, cualidad que se apreciaba mucho en la Generación del 80, la que contaba con "causeurs" natos como Mansilla y el propio Cambaceres. La celebración tras el examen (superado por el protagonista gracias al robo de la bolilla) sirve precisamente para mostrar la "impotencia" y "confusión" del "napolitano" que no consigue formular una frase chispeante aun con el esfuerzo mas "trabajoso", mientras que los demás pronuncian discursos, "encendida la mejilla, dejaban sin violencia correr la fecunda fuente de su labia" (p.129).

Ahora bien, el lector se pregunta qué ha ocurrido entre los escritos de Sarmiento y Alberdi, mencionados al comienzo de este estudio y, más recientemente, qué ha pasado desde el 18 de julio de 1871, fecha del discurso de Cambaceres ante la Convención de la Provincia para la reforma de la Constitución, en el que el autor aún expone ideas alberdianas en consonancia con el artículo 25 de la Constitución de 1853 que promueve la inmigración:

"Que cultive [la inmigración] nuestros campos; que desarrolle nuestro comercio; que perfeccione nuestras industrias; que vele sobre la educación de sus hijos, ciudadanos argentinos encargados de transmitir á las generaciones venideras la herencia de la libertad, y que labrando su propia felicidad contribuya al aumento de la riqueza nacional y labre á la vez la prosperidad y el engrandecimiento de la República Argentina" ("Separación de la iglesia y del estado", *Revista del Río de la Plata*, 1871, I,280).

¿Dónde ha quedado el espíritu abierto del autor?; en su última novela, desde luego, el protagonista se parece más al "cretino" del que nos habla Argerich (op.cit., p.243) que al "ciudadano" elogiado por él en 1871:

"la ausencia en él de todo impulso generoso, de todo móvil desinteresado y digno, su falta de altura y de nobleza, sus procederes rastreros, sus torpes y groseros sentimientos, la perversión profunda, la abyección... de su corazón y de su espíritu esa abyección moral" (p.134).

¿Podemos sospechar un empeoramiento general en la opinión del autor acerca de los italianos, o debe buscarse la razón en el temor a la intromisión de un advenidizo entre los "de arriba"? ¿Tal vez se registraba un recelo general hacia el inmigrante, especialmente contra el italiano? Incluso uno de los promotores más fervorosos de la inmigración, Juan Bautista Alberdi, muestra en 1878 su temor ante los

europeos que llegan a Argentina por aquellos años, lo cual le hace renunciar de su lema "gobernar es poblar" en Peregrinación de Luz del Día: "poblar es apestar, corromper, embrutecer, empobrecer el suelo más rico y más salubre, cuando se le puebla con las inmigraciones de la Europa atrasada y corrompida" (Buenos Aires. CEAL. 1983, 27). El propio Sarmiento, no menos alarmado en Conflictos y armonías de las razas en América (1883), se queja de la mala "calidad" de la inmigración recibida y pide otra selectiva, desdiciéndose del final de Facundo, rebotante de optimismo y apertura a la "Europa en masa".

notas

¹ S.Rodríguez, "Sociedades americanas de 1828"; cf. en 1840 "Tratado sobre las luces y sobre las virtudes sociales": "Ideas!, Ideas! primero que Letras. La Sabiduría de la Europa y la prosperidad de los Estados-Unidos, son dos enemigos de la Libertad de pensar, en América. Enseñen, enseñen: repítaseles mil veces... Enseñen" (S.Rodríguez, *Obras completas*. Caracas. Univ. S.Rodríguez. 1975, II,138).

² El crítico francés P.Verdevoye ha descubierto la primera mención conjunta de ambos términos en un artículo de Sarmiento de octubre de 1842 (P.Verdevoye, *Domingo Faustino Sarmiento. Educateur et Publiciste*. Paris. Inst. des Hautes Etudes de l'Amérique Latine. 1963, 382). En realidad, la oposición ya está presente en dos obras de E.Echeverría: en *La cautiva* (1837) se enfrentan el blanco y el indio, en *El matadero* (1839/1840) lo hacen los unitarios y los federales.

³ Cf. la descripción de Córdoba y su espíritu español, "retrógrado, conservador", ciudad "estacionaria y hostil a las innovaciones revolucionarias" (op.cit., p.113). Sarmiento se contradice hasta cierto punto, ya que el General Paz era cordobés, con la típica educación filosófica y teológica.- Andrés Rivera ironiza sobre el "loco" Sarmiento en su novela *En esta dulce tierra* (Buenos Aires. Alfaguara. 1995, 18,20).

⁴ Cf. el capítulo 14 de las *Bases*, titulado "Acción civilizadora de la Europa en las repúblicas de Sud-América". Ambos, Sarmiento y Alberdi, tienen en común, además, el no incluir en su proyecto a la población indígena: "el indígena no figura ni compone mundo en nuestra sociedad política y civil" (J.B.Alberdi, *Bases*. Buenos Aires. EUDEBA. 1966, 60); cf. p.63: "Con la revolución americana acabó la acción de la Europa española en este continente; pero tomó su lugar la acción de la Europa anglosajona y francesa..." y p.65: "la Europa nos ha traído la noción del orden, la ciencia de la libertad, el arte de la riqueza, los principios de la civilización cristiana". Alberdi no tiene confianza en el "material americano": "Haced pasar al roto, el *gaucho*, el *cholo* [...] por todas las transformaciones del mejor sistema de instrucción; en cien años no haréis de él un obrero inglés que trabaja, consume, y vive digna y confortablemente" (p.68).

⁵ C.Cymerman, en su edición de la novela cambaceriana, ya alude al tema "civilización-barbarie": "Genaro, prototipo del trepador, aparece como el símbolo de la barbarie que viene a clavar su bandera en las ruinas de la civilización" (*En la sangre*. Madrid. Editora Nacional. 1984, 47). M.R.Lojo le sigue en su libro *La 'barbarie' en la narrativa argentina siglo XIX*, al dedicarle media página al hijo de tachero napolitano (Buenos Aires. Corregidor. 1994, 181).

⁶ En *Potpourri* se hace alusión a un italiano, arquitecto de pueblo, fanático "della nostra bandiera" (Buenos Aires. Minerva. 1924, 71), al compositor Rossini y a la cantante Patti (p.94); un sainetón torpe es comparado con "la obra de un *bachicha* de la Boca" (p.84). Aunque el narrador prefiere salpicar su conversación con expresiones francesas, tampoco faltan las italianas (p.101, 111, 148, 154...); igualmente en el entorno del teatro y de la farsa se emplean italianismos, como cuando Fabio denuncia a las mujeres que buscan una vida mundana (p.183ss.) o cuando él mismo emplea artes teatrales para deshacer los enredos de la joven casada (p.183-184, 213ss.). Llama la atención una noticia copiada de algún diario que habla del "punguista" (ladrón) Giacomo Piazzetta, cuyas iniciales y apellido coinciden con las del protagonista de *En la sangre*, si prescindimos del diminutivo (p.103).

⁷ La historia se fecha indirectamente: Carlos, ex-compañero de colegio, critica a los fundadores del Club del Progreso, los que hoy, "corridos veinte años desde entonces", vigilan aún la entrada de los nuevos aspirantes (p.155). Es sabido que el Club fue fundado en 1852, por lo que debe tratarse de los años 70.

⁸ La descripción del conventillo sirve, igualmente, para mostrar la influencia del medio ambiente, al estilo de la novela naturalista: "Dos hileras de cuartos de pared de tabla y techo de cinc, semejantes a los nichos de algún inmenso palomar, bordeaban el patio angosto y largo. Acá y allá entre las basuras del suelo, inmundo, ardía el fuego de un brasero, humeaba una olla, chirriaba la grasa de una sartén..." (p.68).

⁹ *Sin rumbo*, ed. de R.Gnutzmann. Lejona-Bilbao. Univ. del País Vasco. 1993, 114. Sobre el tema campo-ciudad, véase el prólogo de C.Cymerman a *En la sangre*, p.91ss.

¹⁰ Cf. el simbolismo de los nombres; el de Máxima en oposición al de Genaro "Piazza": algo público y de todos; igualmente se puede sospechar que el autor juega con el parecido entre la palabra "tacha" y el mote "tachero". No se llega a conocer el apellido de la familia de Máxima, pero se dice que era "un nombre de todos conocido, mil veces lo había oído pronunciar", es decir, se trata de un apellido de mucha categoría.

¹¹ Cf. el comienzo de la novela de M.García Mérou, *Ley social* (1885), ubicado en Madrid. Reúne a la alta sociedad, artistas, periodistas y "reinas del lujo y de la moda" en un baile en el "Teatro de la Comedia", ámbito "cargado, espeso, asfixiante", en el que se escuchan "palabras escabrosas" y "sátiras violentas" Buenos Aires. F.Lajouane. 1885).

¹² Otro símil animal expresa la bajeza de Genaro en el momento de cobardía ante el suicido: "¿tenía él la culpa por ventura? No, como no la tenían las víboras de que fuese venenoso su colmillo" (p.236). Para completar el "cuadro" del inmigrante, únicamente faltan el alcohol y la locura, presentes en la novela de Argerich y en *Libro extraño* de Sicardi. Pero, tal vez, el frenesí de Genaro, corriendo detrás del dinero, es una forma de locura.

¹³ Es sorprendente el amplio uso que Cambaceres hace del estilo indirecto libre en *En la sangre* (cf. los capítulos XII, XIII, XIX-XXI, XXIII-XXIV, XXVI, XXXVI). Un excelente ejemplo ofrece el momento antes de robar la bolilla del examen: "Tal había sido siempre su regla, su norma, su criterio, así entendía las cosas él; marchaba con su siglo, vivía en tiempos en que el éxito primaba sobre todo, en que todo lo legalizaba el resultado. Lo demás era zoncera, pamplinas, paparruchas... el bien por el bien mismo, el deber por el deber..., ¿dónde se veía eso?, ¿que se lo clavaran en la frente!..."(p.121-122).-

Ahora bien, preguntémonos de quién es la ideología expresada en este y otros pensamientos, es decir, ¿no se trata más bien de un encubrimiento del narrador (en el nivel formal) que simula una falsa objetividad, mientras que, en realidad, es la ideología del autor implícito la que domina todo el relato (el nivel evaluativo-ideológico)? *Formalmente* el lector penetra en la mente de Genaro y observa su funcionamiento, pero ¿realmente es probable que un personaje como Genaro pueda pensar y sentir como lo hace? ¿Debemos creer de verdad que se autodenigra como "mandria, collón, gringo, tachero" (p.117; cf.p.134)?

¹⁴ Argerich, por ejemplo, en su prólogo pretende haber escrito su novela por razones de "verdadero patriotismo" (op.cit., p.9,13); M.Cané evoca contra el "cosmopolitismo democrático" el orden, la familia y la patria (Prosa ligera, op.cit., p.217) igual que M.Bahamonde suele citar "honor, patriotismo, progreso" como grandes valores en su novela *Mareos* (Buenos Aires. B.Valdettaro. 1892, 56 ss.).

¹⁵ Varios críticos han dedicado su atención a este tema: V.Blengino, *Más allá del océano. Un proyecto de identidad: Los inmigrantes italianos en la Argentina*. Buenos Aires. CEAL. 1990; G.García, *El inmigrante en la novela argentina*. Buenos Aires. Hachette. 1970; G.Onega, *La inmigración en la literatura argentina (1880-1910)*. Santa Fe. Univ. Nacional del Litoral. 1965; L.Rusich, *El inmigrante italiano en la novela del '80*. Madrid. Playor. 1974.

¹⁶ Alejandro Korn llega a escribir en su tesis *Locura y crimen en 1883*: "El extranjero desde luego viene impregnado con los vicios de la civilización europea, alentado por el afán de lucro, que llevado al exceso produce la exaltación de las pasiones egoístas y el crimen" (el subrayado es mío; citado en H.Vezzetti, *La locura en la Argentina*. Buenos Aires. Paidós. 1985, 116).- Argerich, en el mencionado prólogo, llega a emplear términos de la ganadería para referirse a la inmigración: "para mejorar los ganados, nuestros hacendados gastan sumas fabulosas trayendo tipos escogidos,- y para aumentar la población argentina atraemos inmigración inferior" (op.cit., 11); ofrece esta solución: "es deber de los Gobiernos estimular la selección del hombre argentino impidiendo que surjan poblaciones formadas con los rezagos fisiológicos de la vieja Europa. [...] al legislador, al poder público, incumbe prevenirlo ó estirparlo" (id., 14).- Sin embargo, existen descripciones positivas y hasta idealizadas del inmigrante en la misma época en *Irresponsable* de M.T.Podestá (Buenos Aires. Minerva. 1924, cap.IV) y en *Libro extraño* de F.A.Sicardi. Pronto "Fray Mocho" lo defenderá en su cuento "La bienvenida" y, en la actualidad, Andrés Rivera lo ve en la base del "ser nacional": "el espíritu paciente y tenaz con el que esos seres de apellidos tortuosos imponían a orillas de la pampa, los signos aún perplejos de una nueva cultura" (*nada que perder*. Buenos Aires. CEAL. 1982, 41).